

VIDIO – FISTERRA  
Bitácora de un viaje a pie

CAMINO DE SANTIAGO  
RUTA DEL NORTE

Emilio J. Gómez

## INDICE

Palabras iniciales-----	9
1.Cabo Vidio-----	13
2.Soto de Luiña -----	14
3.Oviñana -----	16
4.Novellana -----	16
5.Playa del Silencio -----	18
6.Santa María -----	19
7.Ballotas -----	20
8.Mapas y Guías -----	21
9.Indice de etapas -----	23
10.Cadavedo -----	24
11.El aire -----	26
12.Querúas -----	26
13.Hostal Canero -----	28
14.Río Esva -----	29
15.Playa de Cueva -----	30
16.Caroyas -----	30
17.Luarca -----	32
18.Otur -----	35
19.Villapedre -----	38
20.Piñera -----	41
21.Villaorul -----	48
22.Navia -----	49
23.Jarrio -----	56
24.Cartano -----	58
25.La Caridad -----	61
26.El Franco -----	63
27.Porcía -----	63
28.Brul -----	64

29.Barres -----	65
30.Figueras -----	66
31.Ribadeo -----	67
32.Vilela -----	69
33.Ove -----	69
34.A Ponte da Arante -----	72
35.Gondán -----	75
36.San Xusto -----	81
37.Louranzá -----	82
38.Arroxo -----	83
39.San Pedro de la Torre -----	84
40.Mondoñedo -----	85
41.Lousada -----	90
42.San Cosme da Montaña -----	93
43.Gontán -----	94
44.Abadín -----	95
45.Mariñán -----	98
46.Goiriz -----	98
47.Vilalba -----	104
48.Pensión Terra Chá -----	108
49.Carlos Sastre, ¡Campeón! -----	111
50.Puente de Saa -----	114
51.Baamonte -----	116
52.La Ruta Esmeralda -----	118
53.Capilla de San Alberte -----	119
54.Xeixán -----	122
55.Santa Leocadia -----	124
56.Miraz -----	124
57.Braña -----	132
58.Roxica -----	133
59.Mesón -----	134
60.Guitiza -----	137
61.Sobrado dos Monxes -----	139
62.Monasterio y Albergue -----	141

63.Víctor -----	142
64.Castro-----	150
65.Corredoiras -----	151
66.Boimorto -----	152
67.Arzúa -----	153
68.María -----	158
69.Ferreiras -----	163
70.Alto de Santa Irene -----	166
71.Lavacolla-----	167
72.Monte do Gozo-----	168
73.Santiago -----	171
74.Plaza de Obradoiro -----	175
75.Café-Casino -----	177
76.Sarela de Abaixo. ¡Utreya! -----	181
77.Ventosa -----	183
78.Pontemaceira -----	186
79.Negreira -----	187
80.Portocamiño -----	192
81.BAR a 100m-----	193
82.Maróñas -----	194
83.Bon Xesús -----	197
84.Olveira y Castelo -----	197
85.Olveira -----	201
86.As Pias -----	203
87.Logoso -----	205
88.Alto do Cruceiro do Armada -----	205
89.Corcubión-----	206
90.Playa de Estorde -----	209
91.Fisterra -----	210
92.Cabo Fisterra -----	213
Anexo -----	219
Palabras finales -----	224
Agradecimientos -----	228

*A Nattrem Sucirandra (Natalia), amiga mía  
capaz de seguirme en todas mis locuras.*

*Al Peregrino de las Estrellas  
que todos llevamos dentro.*

# VIDIO – FISTERRA

Bitácora de un viaje a pie



*Sobre lo humano y lo divino  
en el Camino de Santiago*

CAMINO DE SANTIAGO  
RUTA DEL NORTE

Emilio J. Gómez

## 1. Cabo Vidio

El atardecer sobrevino de forma repentina sobre el peregrino y su compañera. No sería el ya clásico ocaso que en tantas ocasiones contemplara en silencio. La luz de aquella tarde era plúmbea, con ligeros toques de grises azulados que impregnaban de tonos fríos el momento. Los contornos de las formas aparecían planos y sin los relieves característicos que concede la luz del sol. Tonos que, en la lejanía, se fusionaban con la línea del horizonte. Cielo y mar juntos. Y éstos, a su vez, se diluían por la costa y sus numerosos escollos.

Luz homogénea y aburrida, rota por una estrecha franja ámbar en el horizonte, allá donde el sol se pone, el oeste. Una pincelada de tonos cálidos en mitad de la frialdad lumínica. Brote de calidez, apoyado con timidez por la luz eléctrica del faro que, a retazos intermitentes, rasgaba la incipiente oscuridad que descendía sobre los últimos moradores de aquel brazo de tierra adentrado en el mar.

Allí quedaban sus anfitriones, las gaviotas. Ellas se elevaban utilizando la ley de mínimo esfuerzo gracias a las corrientes, cuyas turbulencias ascendían por los verticales acantilados. Pudiera ser que subieran tan sólo por el simple placer de dejarse ver. O tal vez, por la curiosidad de observar a aquellos dos humanos sentados y abrazados en el borde de la roca, casi compartiendo con ellas el sentimiento de profundo desprecio por el vacío que ante ellos se abría.

## 2. Soto de Luiña

Bip Bip Bip      Bip Bip Bip      Bip Bip Bip

El despertador del reloj de pulsera sonaba con insistencia desde la mesilla de noche. El peregrino se encontraba abrazado a su compañera. Con indiferencia se giró y extendió el brazo izquierdo para apagar el sonido. Llevaba despierto un buen rato. Ambos estaban despiertos.

Hicieron el amor. Sin duda, una de las cosas que más les gustaban de esta vida era hacer el amor por las mañanas; por no decir la que más.

Después de unos cuantos transportes amorosos permanecieron abrazados por un tiempo más, aunque el despertador volviera a sonar cada cinco minutos para recordarles que la aventura del Camino comenzaba ya.

Desayunaron en un hotel. Era el único lugar que había disponible en todo el pueblo. Allí todo estaba preparado. El camarero había sabido generar esa alegría tan especial que no todos eran capaces de regalar al peregrino viajero. Y eso era de agradecer.

—¿Qué tal el ánimo?

—¡Fantástico!

Y tan fantástico. Acababan de hacer el amor hacía apenas media hora.



Desayunaron de forma opípara; la jornada era larga para ambos. A continuación, la despedida. Después el peregrino quedaría en libertad.

Permaneció quieto sobre el asfalto, con la mochila a la espalda y el bordón (el palo que le ayudaba a caminar) entre ambas manos, mientras contemplaba el coche verde que se alejaba por la carretera, de vuelta a casa.

Quedó inmóvil por completo. Miraba cómo los intermitentes traseros se iluminaban en señal de adiós, al tiempo que una mano se agitaba por fuera de la ventanilla del vehículo.

Las despedidas siempre son tristes. Las separaciones llevan la sombra de la muerte. Pero no hay muerte sin resurrección. Morir y renacer van unidos...

Con estos pensamientos, el peregrino comenzó a caminar. Unas enormes y bellísimas hortensias azules le daban la bienvenida al nuevo momento. Al nuevo renacimiento. Las hortensias serían sus nuevas compañeras durante casi toda la jornada.

Recordó el viejo refrán: “Cuando una puerta se cierra, otra se abre”. Y con esta frase la alegría retornó al peregrino, que continuó su andadura de forma jovial. Los inicios siempre contienen la frescura de lo nuevo.

### **3. Oviñana**

Su espíritu vivo despertó a la alegría infinita de volver a hoyar el Camino. Su atención se iba posando en todo aquello que destellaba en aquella luminosa mañana del viaje recién estrenado.

Fue al pasar por Oviñana que algo resaltó su atención. Se trataba de una abeja parada en el aire. Al llegar a su altura, el insecto se apartó, pero continuó la observación del singular personaje que, palo en ristre, mochila y una gorra en la cabeza, miraba con asombro el milagro que se desarrollaba ante él.

Pero ¿qué no es un milagro? Se preguntó. El nuevo hecho de experimentar la vida que se es, ya es el milagro más grande. O nada es un milagro o todo lo es, resolvió.

### **4. Novellana**

El sol aumentó su intensidad. Era hora de cambiar de gafas y untarse en rostro y brazos crema protectora. Sería en la puerta de la iglesia de esta localidad donde lo hiciera.

Además, aprovechó la ocasión para conectar el teléfono móvil y escuchar los posibles mensajes que pudieran haber entrado en las últimas horas. Había uno de texto y otro de voz. El de texto era de una amiga que le deseaba un “Buen Camino”, expresión característica entre peregrinos.

Sin embargo, el de voz... ¡En qué momento se le ocurrió escucharlo! El mensaje llevaba dos días en el buzón. Se trataba de un ataque de rabia de su anterior pareja. Fueron palabras iracundas las que escuchó. Palabras de alguien que en aquel momento se encontraba desconectado de su ser interno, debido a que... se había quedado el coche averiado. Y, además, le increpó: “¡No tenía el recibo del seguro para que una grúa se lo pudiera llevar!” (¿?)

El peregrino se quedó muy contrariado. Se encontraba... ¡tan lejos de todo aquello! Y, aunque enseguida comprendió el ataque de rabia, máxime conociendo como conocía a aquella mujer, ello no le impidió sentir cómo ella necesitaba expresar la rabia y vomitar todas las miasmas iracundas que había en su interior.

Pero, estaba en el Camino, lejos del mundo... de *su* mundo habitual. Así, pues, prefirió obviar el asunto y no darle más importancia que la que tenía: ninguna.

Ni siquiera veía motivo para llamar y, mucho menos, el momento adecuado para disculparse. A fin de cuentas, el recibo del seguro estaba en la documentación del vehículo. Recordaba a la perfección haberlo guardado. Era sólo que con los nervios no lo supo ver. Y los coches se averían. Son máquinas y pueden averiarse.

Sobre todo, no tenía ningún deseo de volver a discutir. Y menos con ella. Lo dejó correr. Era lo mejor que podía hacer. Quizás no fuera lo único, pero sí lo mejor.

A fin de cuentas, pensó, no importa lo que te sucede, sino cómo te relacionas con ello, cómo te lo tomas. Sin lugar a dudas, aquí había una lección para ambos.

## **5. Playa del Silencio**

En Castañeras encontró un par de carteles que le invitaban a ir a la “Playa del Silencio”. Estaba a un kilómetro. Sabía que eso le retrasaría más de una hora pero ¿importaba? Por supuesto que no. Así pues, tomó el desvío a la derecha y caminó por una estrecha vereda que estaba regada de boñigas de vaca y que, entre sus aromas ácidos, le llevó hasta el mar.

Playa del Silencio. ¿Por qué este nombre? se preguntaba mientras caminaba. En una playa siempre iba a haber sonidos. El susurro de las olas, el graznar de las gaviotas, las voces de gentes, el murmullo del aire... ¿Por qué, entonces, del Silencio?

Bien pronto despejaría la duda, porque cuando vio las impresionantes paredes, casi verticales, que emergían desde casi la misma orilla, su mente se sobrecogió y se calló. La respuesta era evidente. Todas las dudas se habían disipado con aquella escalofriante visión. Su pregunta había quedado respondida. Ahora comprendía de dónde procedía su nombre.

Se alegró de haber tomado la decisión de desviarse para conocer aquel paraje inhóspito y singular. Caminó un

poco por la arena. Se sentó sobre unas rocas y permaneció absorto en la intensa vibración silenciosa que emergía del lugar. Playa del Silencio. Sí, su nombre era acertado.

## **6. Santa Marina**

Los recuerdos acudían incesantes a la mente del peregrino. Quizá esa sea una de las principales cualidades de caminar un día sí y otro también: dejar atrás el pasado y sus recuerdos. Permitir que la mente saque del lago del subconsciente todas las impresiones almacenadas, para hacerse consciente de ellas sin dejarse arrastrar.

Por fortuna, el siguiente paso pone al caminante en el instante presente, restando toda la importancia que un recuerdo del pasado pudiera tener. Así es como, paso a paso, ocurre la oportunidad de la renovación y purificación que la vivencia del momento presente conlleva, hasta conseguir el presente continuo, un espacio temporal donde todo ocurre en el más radical aquí y ahora, incluida la propia muerte.

Así, en Santa Marina había un bar donde, hace muchos años, el peregrino vería la última etapa del Tour de Francia. Aquello ocurrió en alguno de los numerosos viajes que hiciera a Asturias. Sin embargo, aquí y ahora, se encontraba en otro momento de su vida.

Aquí y ahora... Quizás, y sólo quizás, sea ésto lo único que existe. Y, ante todo, al peregrino le gustaba relacionarse en

buenos términos con el presente. Lo pasado, pasado. ¿Qué sentido podría tener entrar en aquel bar, donde una pareja tomaba unas cervezas al sol? ¿Recordar que un día, de hace tantos años que ni siquiera él mismo sabía cuántos, estuviera también allí, viendo a Indurain entrar en París triunfador de un Tour más?

El reloj digital marcó la hora: ¡Bip Bip! recordándole el instante presente. Eran las 13 h. Entonces, sin tan siquiera mirar las hojas que, a modo de guía sacó de Internet, supo que en el siguiente pueblo encontraría un sitio adecuado para comer. Ventajas de vivir en el momento presente; la intuición es así.

## **7. Ballotas**

Sin embargo, todo parecía indicar que la intuición había fallado a nuestro peregrino pues en Ballotas, el siguiente pueblo a Santa Marina, parecía no haber ningún lugar para poder comer. Tendría que ser a la salida del pueblo donde encontró respuesta a su intuición, con un cartel que decía: “Casa Fernando”.

Eran las 14:05 cuando hincó el tenedor a una generosa ensalada de arroz y a unas deliciosas tajadas de pollo. Unas exquisitas natillas caseras concluyeron el menú de 9,50 € El peregrino se sentía contento y satisfecho. Contento con su intuición. Satisfecho con su estómago.

## 8. Mapas y guías

Casi a gritos, el dueño del restaurante habitual donde solía comer cuando las obligaciones así se lo demandaban le exigió que se comprara una guía cuando se enteró de que iba a ir al Camino. Ello despertó una cierta inquietud en su interior.

Y al calor del miedo inoculado, fue a una librería especializada en viajes. Sin embargo, cuando tuvo el ejemplar entre sus manos sintió que aquello pesaba una barbaridad como para hacerlo compañero de viaje. Las palabras aún resonaban en su mente:

–Vas con tu guía y así sabes qué ver y qué no. Por dónde vas, lo que te queda... ¡Claro, coño!– añadió entusiasmado, ante el silencio del futuro peregrino. Lo que le animó a proseguir: –Mira, yo he salido al Camino 36 veces (se diría que vivía allí). No lo he hecho entero porque, claro, con el restaurante no puedo...

Entonces, el peregrino le comprendió en su totalidad: Salía al Camino..., pero no se había entregado a él. La entrega al Camino tan sólo sucede cuando se hace entero, al completar los casi mil kilómetros que lo componen. Para ello se hace necesario un corte radical con el modo habitual de vida. De alguna manera, ello implica la muerte del ego.

El peregrino debe de morir a su anterior forma de vida, para entregarse a la nueva situación. Y en esas circunstancias es cuando se produce la transformación que le permitirá

renacer a una nueva manera de vivir, una nueva manera de entender la vida. Por eso, el Camino de Santiago está considerado como camino iniciático, porque es una experiencia que posibilita *iniciar* una nueva vida.

Muerte y renacimiento van juntos. Son conceptos que no pueden estar separados. Si el viajero no muere a su anterior forma de entender las cosas, si no obtiene un nuevo ángulo de pensamiento, una nueva forma de percibir el mundo, no habrá hecho una peregrinación, sino que tan sólo habrá jugado a los peregrinos.

Sí, es cierto, uno puede “engancharse” al Camino y todos los años hacer un fragmento. Pero, mientras que no se produzca la muerte del ego, no se estará haciendo ningún Camino iniciático auténtico. Se está de viaje, de excursión, pero no en el Camino.

Uno puede engancharse a algo por dar sentido a la existencia. Sólo cuando se produce la desconexión completa con el exterior, se produce la conexión total con el interior. Y sólo más tarde será cuando se inicie un equilibrio entre ambos mundos, el exterior y el interior.

Ante semejante planteamiento, ¿de qué podrían servirle mapas y guías? De nada. El miedo a lo desconocido se camufla con la necesidad de control. Sin embargo, cuando uno se lanza de pleno a la experiencia de la vida, ésta le provee de todo lo necesario para la adecuada comprensión.



El peregrino de nuestra historia anotó de Internet las principales etapas sugeridas y luego, día a día, momento a momento, las adaptaría conforme a sus necesidades. Era su Camino, era su vida.

## **9. Índice sugerido de Etapas:**

Soto de Luiña – Cadavedo 24 kms.

Cadavedo – Luarca 17 kms.

Luarca – La Caridad 30 kms.

La Caridad – Ribadeo 22 kms.

Ribadeo – Lourenzá 30 kms.

Lourenzá – Abadín 25 kms.

Abadín – Vilalba 21 kms.

Vilalba – Baamonde 21 kms.

Baamonde – Sobrado do Monxes 40 kms.

Sobrado – Arzúa 22 kms.

Arzúa – Santiago 40 kms.

Santiago – Negreira 22 kms.

Negreira – Oliveiroa 33 kms.

Oliveiroa – Fisterra 35 kms.

Total: 382 Km.

Demasiado bien sabía que el Camino le proveería de todo lo que pudiera necesitar. Y en esa confianza, cinco años después, comenzó de nuevo su andadura por la geografía del espíritu que es el Camino de Santiago. Un nuevo viaje a pie en dirección... a sí mismo.

## 10. Cadavedo

Mientras giraba una curva y al tiempo que contemplaba vacas pastar, se encontró con un cartel que le señalaba el final de la etapa que tenía programada para ese día. Sin embargo, el peregrino sentía que no se quedaría allí.

A la entrada de Cadavedo –¡menudo nombre!, pensó, ¿no suena como a cadáver, más que a otra cosa?– encontró a dos chicas. Eran jóvenes e iban cargadas con sendas bolsas blancas llenas de comida. Venían del supermercado. Nada más verlas supo que eran peregrinas y que tenían información para él.

–El albergue es muy pequeño, tiene ocho plazas nada más y está hecho una mierda. Hay humedad. Está sucio, ¡muy sucio! Aparte de completo, claro.

El peregrino las acompañó hasta el edificio, al tiempo que se dejó guiar. Comprobó que la humedad era debida a que una parte del techo se había caído. ¡Increíble!, ¿verdad?, pero así era. Itinerario Cultural Europeo, lo llaman. Al menos, existía la posibilidad de dormir en el suelo, pero el peregrino no sentía emerger la necesidad de ello; y menos en su primer día de andadura.

Por ahora, dormir en el suelo quedaría relegado a otro mejor momento. Y aunque ello era algo que sabía que casi seguro tendría que hacer –lo cual tampoco le importaba ni mucho ni poco: sino nada–, sí sentía que aún no había llegado esa hora. Y dejándose llevar por su sentimiento, actuó.

Las chicas eran de Lanzarote y se mostraban amables y cordiales. Consultaron para él la guía que llevaban, pero a la conclusión que llegaron era que el final de la etapa ponía que era Cadavedo. Y... ¡como lo ponía en un papel impreso, ya estaba todo dicho al respecto!

El peregrino no dejaba de asombrarse ante la sumisión de las personas ante las palabras escritas sobre un papel o ante las pantallas de ordenador. Todo parecía indicar que, si algo aparecía en uno u otro medio, eran verdades absolutas que había que aceptar y acatar de forma inexorable. ¿Por qué?

Decidió continuar. Se despidió con amabilidad de las chicas canarias, al tiempo que se daba cuenta de que no tenía muchos deseos de entablar conversación con nadie aunque se tratara de peregrinos. Llevaba todo el día caminando en soledad, y ello le había proporcionado un estado de interiorización que prefería mantener.

A la salida de Cadavedo paró un coche que salía a la carretera general. Preguntó cuál podría ser un buen hostel para dormir. Le indicaron el Hostal Canero. Cuando oyó el nombre, sintió que ese lugar ya lo conocía, pero no lograba recordar de qué. Estaba cerca, le dijeron. Pero lo que en principio iban a ser cuatro kilómetros más, se convertirían en diez. Fue un precio demasiado alto por la libertad de elección pero lo pagó con gusto.

## 11. El aire

Si hubiera alguien o algo a quién conceder un premio por ser el verdadero protagonista, sin lugar a dudas que habría que concedérselo al aire. Una brisa suave y constante hizo acto de presencia durante todo el día. Ello hizo del caminar un actividad en extremo agradable.

En no pocas ocasiones nuestro peregrino detenía su marcha para contemplar fascinado el suave vaivén de las hojas y ramas de los bosques de eucaliptos. Hojas que desplegaban su melosa melodía mientras susurraban dulces sonidos como suspiros de amante. Al mismo tiempo, los troncos emitían suaves quejidos, al ceder esos pocos milímetros, imperceptibles, que les hacían gemir.

La mente del peregrino trajo el recuerdo del libro de *El Principito* en el que se decía que “Lo esencial es invisible a los ojos”. Y eso mismo era lo que experimentaba, mientras permanecía en quietud, observando desde su presencia el espectáculo que el aire tenía a bien ofrecerle y que quedaría grabado en su alma.

## 12. Querúas

Aburrimiento, asfalto y flama fueron los elementos que consiguieron que el peregrino se interiorizara. Al poco rato, comenzó aquel viejo planteamiento sobre el Absoluto que durante tantos años le acompañara.

Las preguntas comenzaron a bullir en su mente. Y a cada pregunta, una respuesta. Respuesta que emergía de su interior. Se trataba de la voz de la consciencia, aquello que ha dado en denominarse el maestro interior.

–Si todo es una proyección, si todo es una ilusión, si el universo material es un reflejo de nuestra consciencia, entonces somos los creadores y responsables de nuestras experiencias. Si vemos lo que somos... Si se materializa aquello sobre lo que nos concentramos... Entonces, la atención es el cincel que moldea la vida. Entonces, Dios, la idea de Dios, ¿es una proyección más de nuestra mente?

El peregrino quedó en silencio tras realizar tal planteamiento.

–¿De dónde sale esa proyección? – Sonó la pregunta en su interior.

–¿De mí?

–Entonces, tú eres ese mismo Dios que la mente definió como el sumo hacedor y creador. ¿Dónde estaba Dios cuando aún no habías nacido?

Nuevo silencio en el que asimilar lo sentido. La voz interior prosiguió:

–Eres el Dios de tu mundo personal. Pero no se te ha enseñado a utilizar la atención como instrumento creador, ni a materializar tus deseos. Ya eres *Eso*, recuérdalo. No requieres de intermediarios. La realidad del mundo está para que sepas cuales son los contenidos de tu consciencia. Eres lo que ves. No hay ninguna necesidad de cambiar el

mundo; en todo caso, tienes que cambiar tú. Es tu percepción de las cosas lo que debe de cambiar, y entonces... el mundo, tu mundo, sin lugar a dudas, cambiará.

### **13. Hostal Canero**

En Cadavedo el peregrino estaba muy entero. Pero a su llegada al Hostal Canero ya estaba en el lado opuesto: extenuado. El cansancio de todo el día hizo acto de presencia. El cuerpo, más que hablarle, comenzaba a reclamarle a gritos un poco de descanso. Era normal: tenía una completa ausencia de costumbre de caminar tantos kilómetros.

Cuando llegó tuvo la confirmación de su intuición al entrar. Se dijo a sí mismo: Ahora hay una barra a la derecha. Y..., ¡exacto! Allí estaba la misma barra de antaño.

Recordó que, hace años, llegó a ese mismo lugar tras caminar después de ir a pie al Cabo de Busto para hacer fotografías. Entonces se le hizo muy tarde. Tenía la intención de llegar a Luarca aquella misma noche, y en el hostel le llamaron a un taxi que subió a recogerle desde la hermosa ciudad asturiana.

Y ahora la historia se repetía, pero sin taxi. El peregrino estaba impresionado al ver de qué manera el círculo se cerraba ¡al cabo de tantos años!

Emocionado, recordó que en aquella ocasión vio el rayo verde desde el faro. Fue algo hermoso. Sería el año 1983

o 1984, pues por entonces aún tenía el Ford Fiesta azul marino con raya blanca en los laterales y la ventana en el techo que tanto le gustaba. Como a casi todos los hombres, el primer coche le es muy querido.

Quizás, lo que con más fuerza venía a su recuerdo era el resplandor lumínico que en el mismo instante de ponerse el sol impregnó de verdosa iridiscencia todo el horizonte... Pero la sopa de marisco y la tortilla francesa con queso, acompañado de una ensalada fresca, devolvió al peregrino a la realidad del momento presente.

El amargor de la cerveza y el cansancio volvían a captar su atención. Entre una y otra sensación prefirió la de la cerveza. A fin de cuentas, el cansancio era la compañía que había elegido para pasar la noche. Esta vez no habría sexo.

#### **14. Río Esva**

El frescor de la mañana colmaba de alegría el espíritu del peregrino. El descanso y el alimento habían hecho su efecto y, aunque un poco dolorido –sobre todo en la zona de las caderas–, el paso era vivo y el ánimo alegre.

Al mirar el cielo se encontró con un azul límpido, luminoso, brillante... Y allá, enmarcada entre ramas de pinos, justo al lado de una piña, brillaba, majestuosa, la luna que ya comenzaba a entrar en fase menguante.

## **15. Playa de Cueva**

En mitad de la marcha, apareció, amplia, la Playa de Cueva. Al borde de la carretera un hombre miraba al horizonte. No le faltaban motivos. La vista se extendía hasta el infinito, donde los azules luchaban entre sí para no fundirse en el horizonte, en un vano intento por mantener su individualidad.

## **16. Caroyas**

El deseo de fusionar lo material con lo espiritual que nació en el anterior Camino, ahora no tenía ningún sentido, pues el peregrino no experimentaba diferencia alguna entre materia y espíritu.

A su mente regresó aquel viejo deseo de vivir en San Lorenzo de El Escorial... Ese deseo avivó el fuego de su fantasía y lo fusionó con el proyecto de la difusión de la meditación. De tal coito, nació una nueva fantasía: tener un Centro de Yoga y Meditación en San Lorenzo del El Escorial...

¿Por qué no?, se dijo en voz alta a sí mismo, como si una punzada de lo real le despertara de la fantasiosa ensoñación. Todo es posible, todo es posible, se decía, al tiempo que no se percataba de qué manera la fantasía eludía la realidad...

La imagen de tres cuervos negros, negrísimos, que se comían las vísceras de un erizo que algún coche reventó



mientras éste intentara, sin éxito, cruzar la carretera, devolvió al peregrino al presente, sacándole de toda abstracción fantasiosa.

Las numerosas y afiladas espinas se entremezclaban con la sangre que, a su vez, se mezclaba con las vísceras y todo junto, esparcido por el asfalto, provocaba un impacto demasiado intenso en su centro emocional.

Aquel erizo le trajo la realidad de la muerte y la percatación de que la vida era como un globo que, en cualquier momento, se puede pinchar y... entonces ¡todo se acabó! Todos los proyectos, los deseos, las ilusiones... todo a la mierda.

Sí, cabe la posibilidad de que todo fuera posible, mientras que haya tiempo de vida para materializar los deseos. A fin de cuentas, un día de vida, vida es. Y cada día vivido es un milagro por el que siempre habría que dar gracias.

Conseguiría todo lo que deseaba, o no... No importaba. Pero lo consiguiera o no, ojalá que nunca se olvidase de lo más importante.

Estaba claro que no debía de confundir fantasía con imaginación. La última se concibe como un poder con capacidad para crear. Mientras que la primera, la fantasía, no es más que una ilusión lunática y engañosa que, lejos de aparecer como una fuerza creadora, surge como el pálido reflejo del mundo de las apariencias. La imaginación crea y materializa, mientras que la fantasía disipa las fuerzas de forma inútil e innecesaria.

## 17. Luarca

¿Cuántas veces había estado el peregrino en Luarca? Muchas. Pero, por muchas que hayan sido, nunca serían demasiadas. De nuevo, en su memoria, los recuerdos fluían con rapidez. Desde que muy joven comenzara a viajar a Asturias, Luarca era su meta preferida. Y sobre todo, el faro de la villa marinera. ¿Cuántas horas había pasado allí, rodeado de gaviotas, de aire, de mar... de libertad e infinitud? Muchas.

Fueron mañanas enteras en las que sólo venía para estar allí, para ver y oír como las gaviotas se pavoneaban ante él, para contemplar las olas romper contra los acantilados mientras los pesqueros faenaban en el mar... En definitiva, para estar consigo mismo y sentir su propia presencia, en soledad, en su amada soledad. Sí, ¡cuántos instantes de paz obtuvo en el Faro de Luarca!

Ciertamente, los faros eran una debilidad del peregrino. Le encantaban. Sentía una poderosa atracción que le costaba trabajo evitar. O quizás, que no quisiera evitar. Sentía como los faros se encontraban ubicados en lugares de intensa fuerza de los que, casi, emanaba un poder sobrenatural.

Percibía a los faros como si de maestros espirituales se trataran. Ellos, instalados en la cumbre de la consciencia, emiten su luz. ¿Para que los que la vean hagan lo mismo que ellos? No. Para que aquellos que ven su luz sepan el punto exacto donde se encuentran. Para así poder dirigirse mejor a su destino. De esta forma, cada cual puede saber

que se encuentra en el rumbo correcto; sin dejar de saber, al mismo tiempo, que jamás hay un rumbo erróneo.

No existe error posible al elegir un rumbo determinado. Quizás, el único error sea no elegir unas coordenadas concretas hacia donde dirigirse. No todos tienen por qué ser *faros* en la vida de los demás. Para él los faros representaban la alegoría de la luz del espíritu en la oscuridad de la ignorancia. Una luz que invitaba a cumplir la misión que cada cual ha venido a realizar.

Sin embargo, en esta ocasión, no era un viajero el que había llegado a Luarca, aunque el viajero de antes también fuera en busca de sí mismo. Ahora llegaba un peregrino. Entró por Luarca por un sitio desconocido para él. La primera intención fue la de regresar, una vez más, a *su* faro. Pero a mitad del camino cambió de idea y sintió el deseo de volver hacia atrás para retomar la calle de la izquierda que antes tanto le hubiera llamado la atención, aunque no hubiera visto ninguna “flecha amarilla”, indicador del Camino.

Siguió su impulso y regresó sobre sus pasos, mientras recordaba una frase: “Si siempre haces las mismas cosas, siempre obtendrás los mismos resultados”. Y éste era un viaje por completo diferente. Muy diferente. Era otro momento. Un momento distinto, donde el peregrino también se permitía ser otro.



Al poco tiempo de comenzar el descenso por la estrecha y empinada cuesta, un anciano sentado en un banco le confirmó:

–¡Este es el Camino de Santiago!

–¡Gracias!

El peregrino agradeció la información con una inclinación de cabeza acompañada de una amplia sonrisa.

Cruzó el Río Negro que atraviesa la villa de Luarca y entró en una pastelería agradable por su calidez, humana y decorativa, donde se tomó una deliciosa “milhojas” de crema con un café con leche, corto de café.

Allí conectó el móvil. Estaba claro que no había aprendido la lección de la jornada anterior. Vio los mensajes de texto y escuchó los de voz. Contestó a todos y puso alguno que tenía pendiente. También, en el agradable calor tibio que emergía del horno de la pastelería, puso al día el bitácora. Si quería mantenerlo actualizado tenía que estar encima y no dejar que las impresiones del viaje, por maravillosas que fueran, le robaran la toma de “imágenes literarias”, como le gustaba denominarlas.



A la salida de Luarca, mientras contemplaba desde lo alto de la ermita la ciudad, el puerto pesquero y el faro, su querido faro, frotó las manos con flores de lavanda que extendieron su delicada fragancia sobre sus palmas.

## 18. Otur

A la salida de Otur vio una iglesia prácticamente destruida. Pero algún ser sensible, quizás algún funcionario de un ministerio o entidad similar, la hizo “Patrimonio de Asturias”. La iglesia tenía una historia peculiar. Se abandonó debido a una epidemia de gripe que rebasó las posibilidades del cementerio y, gracias a la bondad de una marquesa que cedió los terrenos, el párroco de entonces pudo construir la nueva al borde de la actual carretera nacional N-634.

Ante la lectura de semejante historia, el peregrino se preguntó: ¿cuán viejo era el mundo? Y lo poco que había cambiado, apenas nada. Los acontecimientos se suceden unos tras otros. En su momento parecen importantes, pero el tiempo se encarga de relegarlo todo al olvido. Parece que hacemos cosas, reflexionaba, pero, hagamos lo que hagamos, mañana será olvidado de forma inexorable, por mucho que nuestro ego se empeñe en mantener su recuerdo a lo largo del tiempo.



Más adelante, se sentó al borde de una fuente que tenía la fecha de 1795 de la que manaba un potente chorro de agua fresca y cristalina. Allí descansó, bebió y comió dos jugosos melocotones que compró en Luarca. En un principio, iba a ser uno sólo, pero en el momento en que el frutero se acercó, pidió dos. Ahora se alegraba de aquel cambio de opinión de última hora.



Al llegar a este punto, recordó las indicaciones que le dieran amigos que ya había hecho esta misma ruta:

—Continúa por la carretera nacional.

Pero se encontraba harto de caminar por asfalto. El Camino en Asturias transcurre demasiado tiempo por carretera y, además, no está bien señalizado. Así que hizo caso omiso a la recomendación y obvió la carretera nacional, con su torrente de coches, camiones, autocares, etc. Continuó por un sendero de tierra.

Ahora sí. Ahora comenzaba a haber señales que coqueteaban a través de caminos y carreteras secundarias con la carretera nacional, pero aún así... ¡Uf! ¡Demasiada carretera! Echaba de menos aquellos parajes en que el reencuentro con la naturaleza era un hecho consumado. Aún así, todo iba bien. Las gentes le saludaban a su paso sólo por el placer de hablar un rato con un peregrino.

—¿Todo bien?

—¡Fantástico!

—¿Necesitas algo?

—Nada. Muchas gracias.

—¡Buen Camino!

—¡Buen día!

Así, hasta llegar a un collado donde aparecía una flecha amarilla sobre una piedra. Y aunque la señal no ofrecía ninguna duda de por dónde tenía que ir, todo parecía indicar que había que hacer una incursión en un terreno donde, literalmente, el sendero desaparecía entre las huellas, orines y excrementos de las numerosas vacas que allí pastaban. Además, el terreno estaba cerrado con una cerca. ¿¿¿???

¿Cómo podía ser eso? No obstante, fue fiel a la flecha amarilla y lo hizo: cruzó la valla ante la mirada atónita de todas las vacas que giraron sus cabezas para mirar al extraño personaje que se adentraba en su mundo. La escena, cuanto menos, era surrealista.

Con ritmo parsimonioso, para no asustarlas, serpenteó entre ellas al tiempo que las vacas se apartaban con lentitud, casi sin ganas de moverse. Encontró algo que se le antojó que podía ser el camino, aunque la verdad es que no estaba nada seguro de ello. Una vez más, se dejó guiar por su intuición hasta que, al final, el ruido de un tractor captó su atención y echó a correr en su dirección.

—¿Es este el Camino? —preguntó con algo de ansiedad en el tono de su voz.

—Sí. Ibas bien. Desciende el collado y luego... Aunque, no está bien señalizado y mucha gente se pierde. Esta misma mañana, sin ir más lejos, tres peregrinos se han tenido que dar la vuelta.

El peregrino recordó y comprendió de inmediato las recomendaciones que recibiera antes de salir: “Continúa

por la carretera”. Y ahora sí que hizo caso. Desandó todo lo andado y descendió para entrar en una pesadilla aún peor que el riesgo de perderse en un collado rodeado de vacas: la carretera nacional.

Flama, asfalto, anhídrido carbónico por un tubo, nunca mejor dicho: los tubos de escape de los numerosos coches, camiones, autocares, más coches y más camiones que, a toda velocidad y sin contemplaciones de ninguna clase, pasaban a su lado a tal velocidad que en varias ocasiones llegaron a volarle la gorrilla que cubría su cabeza.

## **19. Villapedre**

Al entrar en esta villa, vio como, a lo lejos, unas coloridas banderas instaladas en sendos mástiles reclamaban su atención. Gracias a ello, comenzó a acariciar la posibilidad de hacer un alto y poder descansar de tanto asfalto. Pero, ¡oh decepción!, las banderas correspondían a ¡una tienda de muebles!... Bueno, si le dejaban tumbarse en una cama o un sofá...

Sólo más adelante encontraría un bar que ofrecía un menú barato: 8 € que, por cierto, ¡bien que hacía honor a su precio tan bajo! Unos supuestos macarrones... Y decimos supuestos porque se suponía que iban con atún. Pero eso era una suposición como otra cualquiera y nada más, claro. Ni por asomo pudo encontrar rastro alguno del pescado que anunciaba el menú.



De segundo, unos “San Jacobo” –filetitos empanados de jamón York con queso–, desde luego, mejor que el bistec de cerdo propuesto. En fin, al menos, se estaba fresco en el lugar. Esto fue lo único positivo que logró encontrar, porque el servicio también dejaba bastante que desear. Sin embargo, el protagonista indiscutible de aquella pésima comida fue el Tour.

El peregrino no terminaba de asombrarse de qué manera se repiten los mismos acontecimientos todos los años. Y lo que más le asombraba era que, a pesar de ser “siempre las mismas cosas”, las gentes solían verlo de nuevo y, además, interesarse. Tenía su mérito, desde luego. Era admirable ver la capacidad de interés renovada.

De este modo, cedió a la tentación del momento presente y, en el más puro estado de fascinación por la serpiente multicolor que aparecía en la pantalla del televisor, concedió su atención como si fuera la primera vez que, en su vida, viera a unos chavales montando en bicicleta y escuchara a unos locutores enloquecidos, tratando de transmitir una emoción que no aparecía por ninguna parte.

¿Cómo puede existir emoción a menos que alguien la genere? La misión de los locutores consistía en crear y transmitir una emoción por algo que no la tiene. Curioso trabajo. Es natural, es el único modo de que alguien pueda permanecer mirando la televisión a las cuatro de la tarde, cuando lo que más puede apetecer es echar la siesta, por ejemplo.

¿No podría eso ser manipulación? Pero, ¿qué no lo es? Máxime si aparece en los medios “telemáticos”, como han dado en autodenominarse ahora, por los propios medios. La pregunta que habría que hacerse sería: ¿por qué y a quién puede interesarle tanto que no echemos la siesta y nos emocionemos con unos tíos con camisetas ajustadas, pantalón corto y montando en bici? ¿De qué quieren distraernos?

Eso era algo que permanecía en incógnita para ese peregrino que, merced a los efluvios del vino, aunque estuviese “bautizado” con gaseosa, y el cansancio, comenzaba ya a desvariar. Lo que en realidad quería era un lugar para dormir un rato y, quizás, más tarde, cuando el poder del astro rey hubiera declinado un poco su intensidad, continuar su viaje.

Al salir del comedor, notó que habían cambiado el turno de las camareras. Ahora ya no estaba la muchacha agria, quizá por indiferente, que le atendiera antes. Por el contrario, ahora había una mujer afable, de mirada limpia, que le regaló algunos consejos antes de continuar la marcha.

– Nada más salir, tire a la derecha. Hay señales. Encontrará una senda mucho más agradable que la carretera. Siempre que tengo que ir a Piñera lo hago por ahí.

El peregrino agradeció gustoso la información. Cualquier cosa antes que retornar al asfalto; sobre todo, después de comer. Poco a poco, la magia del Camino iba apareciendo.

Siempre había estado ahí, es sólo que, a veces, no se está en sintonía y cuesta un poco de trabajo captarla.

## **20. Piñera**

El sendero sugerido por la dueña del bar –si es que lo era– cruzaba la línea del FEVE (Ferrocarril de Vía Estrecha). Esta línea de tren recorre toda Asturias. Comienza en Gijón y termina en La Coruña (A Coruña, como gusta decir, oír y leer a los gallegos).

Se trata de un tren lento, un “chiqui-chaca” que tarda toooodo un día en recorrer la cordillera cantábrica; casi podría ser más un viaje de turismo que otra cosa. Pero cumple la importante función de unir un buen número de pequeñas aldeas, pueblos y ciudades entre sí.

En fin, el caso es que esta vía estrecha era un acompañante fiel del Camino. Todo el tiempo se cruzaban entre sí, interceptándose mutuamente sin cesar. En esta ocasión, el peregrino tuvo que cruzar por encima de las vías.

Conforme avanzaba, el sendero se tornaba más y más abrupto, casi hasta hacerse intransitable. En un momento dado, la vegetación sumergió al peregrino en una suave penumbra. Tanto, que llegó a dudar si estaría en el sendero correcto. Entonces, un fuerte ruido le asustó. Se trataba del intenso aletear de un mirlo que, más asustado que él, salía de entre unos matojos para iniciar una desesperada huida.

El Camino se tornó sendero de angosto que era y, ¡de pronto! ¡Oh, no! ¡que tragedia tan horrible! No se lo podía creer, pero así era: de nuevo se encontraba en la carretera. Y encima, sin ninguna señal que indicara por dónde continuar.

La desagradable sensación de estar casi siempre extraviado era desazonadora y le despertaba la ansiedad, así cómo la añoranza por el Camino francés, que tan bien señalizado estaba. Mas, de pronto, sonó un grito no muy lejos de él.

—¡Siga de frente!

Era la voz de una mujer que estaba asomada en el balcón de una casa. El peregrino estaba agradecido, pero comenzaba a cansarse de tener que recurrir tantas veces a la Divina Providencia y hubiera preferido encontrar alguna que otra flecha amarilla de esas que, de modo tan sencillo y discreto, señalan por dónde continuar. No hacía falta más.

En verdad que estaba mal acostumbrado al Camino francés, donde lo que sobran son señales y, además, está bien preparado a nivel de infraestructura, tanto para comer de forma adecuada como para dormir. Pero ¿acaso, se preguntó, le había faltado algo cuando lo había necesitado? ¿No era eso el verdadero Camino? ¿No se trataba de entregarse?

Aquello fue otro Camino. Aquí y ahora era otro momento en su vida. Ahora se encontraba en el Camino del Norte. De nada servía comparar. El Camino que hiciera hace cinco años era otra historia otro presente diferente, era tiempo pasado.

Esta reflexión le devolvió a sí mismo. ¿Acaso no era ésto una enseñanza?

Contempló durante un buen rato el suave oleaje que el aire provocaba sobre los maizales. Aquello sosegó su ansiedad y pudo continuar, paso a paso, con lentitud, hasta llegar a una nueva bifurcación, ahora sí señalada (menos mal):

Opción A: Camino

Opción B: Albergue

Ya le habían advertido que ni se le ocurriera tomar la primera. Así pues, esta vez hizo caso a los que hollaron antes que él la senda, y se dirigió al albergue.



—¿Cuál es tu relación con Dios?

La pregunta asaltó por sorpresa su mente. Sabía que la había leído en algún libro, pero no podía recordar el título. Lo cual era lo que menos importaba, pues la pregunta en sí tenía ya el peso del plomo.

—Y ¿por qué salía ahora esta cuestión?

Sin duda, porque era algo que le importaba. Al caminar, el subconsciente queda en libertad y emergen contenidos que, en otras circunstancias, no lo harían por estar más encorsetados. Era ésta una de las maravillas de caminar en soledad, cosa que se eludía al hacerlo en compañía de otras

personas. Al conversar, uno ratifica su mundo, aunque éste sea de ficción. Sin embargo, al caminar en soledad, las preguntas y cuestiones importantes afloran, sin que sea posible eludir las tras la cortina de la charla inútil.

La mente del peregrino comenzó a divagar en busca de alguna respuesta coherente a tal pregunta. Es de suponer, comenzó diciéndose, que la relación con Dios puede implicar varios motivos: desde una relación para la obtención de objetivos personales, hasta el mismo acto de dar gracias por estar vivo...

“El poder de conseguir”. Esa frase flotaba en su mente. Al final admitió la posibilidad de que éste fuera uno de los motivos más habituales por los que los hombres buscan la relación con Dios.

–Sí, esa podría ser una de las causas. Buscar la relación con la Divinidad para obtener insignificantes beneficios personales. Pero, ¿cuál es el modo de relacionarse con lo Superior, con lo Absoluto?... Ocurre cuando la atención se distrae. ¿Cómo? A través de los ritos y rituales. Con un rito, la atención está posada sobre algo. Entonces, se abre una fisura por donde la conexión con lo Real es posible.

–En principio, esa es la práctica de los sistemas de creencias.

–Exacto, todos los sistemas de creencias realizan ritos y rituales para la obtención de algún beneficio personal. Utilizan la comunicación con la Divinidad para tener “el poder de conseguir”. Pero, conseguir ¿el

qué? Ello puede oscilar desde bienes materiales, hasta la paz mental y espiritual...

... Pero, hay algo más. Al sentir la inmensa soledad en que el ser humano nace, vive y muere, su mente ha creado la idea de un dios con el que relacionarse. La figura de un Padre/Madre a quien dirigirse y... pedirle... En definitiva, alguien a quien ha decidido considerar superior y con quien compartir la soledad.

... Vayamos más allá aún. ¿No hemos quedado en que eres una extensión de Dios? Eres el extremo final donde la proyección de Dios se materializa. Vuelve a ti y comprenderás lo absurdo del rito y de los rituales. Carecen de sentido. Los ritos y rituales están vacíos. La Conciencia es lo único que existe. Todo es Conciencia...

... Si hablas a alguien “superior” estás dando por sentado que está separado de ti. Sin embargo, en la Conciencia todo es uno y lo mismo. Esto es una experiencia. No es posible su comprensión a través de las palabras. La consciencia individual que te hace considerar que tu ego, arropado de personalidad, existe es un fragmento de la Conciencia Universal...

... Un día, tal consciencia individual se diluirá en la Conciencia Universal como el río se diluye en el océano. Para entonces, la película, tu película, tu proyección se habrá terminado y habrás regresado a *casa*, de donde un día viniste. Y eso es todo.

Llegado a este punto del soliloquio, en la Iglesia de Piñero sonaban las campanas. Indicaban que eran las seis de la tarde. Sin embargo, el peregrino lo sintió como si fuera una señal de que el mundo asintiera con aquel extraño razonamiento.

Los pensamientos y reflexiones continuaban al ritmo cadencioso de los pasos bajo el sol:

–La religión católica necesita ahora más que nunca del cristianismo del que un día bebió para su fundación. Pero sus dirigentes están más preocupados y ocupados por la recaudación que puedan obtener del IRPF de sus feligreses que de los verdaderos pilares que debieran de sustentarla. Se interesan más por cuestiones morales sin importancia que de cultivar y fomentar el auténtico amor entre los hombres. Han olvidado y viven dormidos entre ritos y rituales vacíos...

... Quizás, de ahí el auge que el Camino de Santiago tiene en los últimos años. Tal auge puede ser debido a que el ser humano necesita ahora, también más que nunca, beber de su auténtica esencia, de su auténtica naturaleza real y no de ritos y rituales vacíos que a nada llevan. El Camino ofrece la posibilidad de realizar esa conexión esencial con uno mismo sin la necesidad de intermediarios.



El albergue estaba una escuela de las antiguas. De esas que tenían segregación de sexos, definida con claridad, al



obligar a los niños a entrar por puertas diferentes de las niñas. Y, casi seguro, también con tiempos diferentes de recreo, para no coincidir. Sin lugar a dudas, se trataba de aquellos últimos vestigios de una represión que ha causado a muchas generaciones un daño psicológico de enormes dimensiones.

Por el contrario, en los tiempos actuales el péndulo se ha ido al extremo contrario. Ahora las relaciones sexuales carecen de la importancia auténtica que tienen. Algo se ha perdido en el trayecto de un extremo al otro.

Con estas disquisiciones llegó a la puerta. Había una mujer de edad mediana que hablaba por un móvil. Sin dejar la conversación, le hizo la seña de que llamara. Lo hizo. Alguien abrió. Era un peregrino, pero él creyó que era el hospitalero.

—No. Soy un peregrino más. Para sellar la credencial tienes que ir a donde está la bifurcación.

—¿¿¿Cómo???

¡Vamos!, pensó, ni loco iba a volver sobre sus pasos para realizar ese tramo tan largo y empinado de nuevo por un sello que cada vez consideraba más absurdo, ridículo y carente de valor.

El albergue estaba bien. Limpio. Con plazas. Sin moscas. Agua caliente... Pero ¡qué verdad es que el Camino provee de todo lo que se puede necesitar! Y en este caso, lo que nuestro peregrino necesitaba era silencio y soledad.

Quería llegar a Navia. Así pues, le preguntó si sabía cuánto quedaba. El otro peregrino se fue por la guía para consultarlo.

–No, déjalo. Gracias. ¡Buen Camino! Adiós.

Estaba cansado de guías y mapas que de nada servían. Una cosa sí tenía clara: quería ir a Navia y también quería continuar en soledad, y hablar lo justo: Sí, no, hola, póngame de comer, ¿cuánto es? gracias, adiós.

## **21. Villaorul**

La ruta por asfalto resultó penosa. Calor, ruidos, suelo duro, flema, coches, camiones y autocares que pasaban a toda velocidad. Humos y más humos que le impedían respirar con normalidad. Carteles que, de vez en cuando, le recordaban lo mucho que le quedaba aún para llegar a Navia.

Caminaba por la carretera. Allí circulaban coches que se encontraban en una dimensión espacio-temporal por completo diferente. Resultaba evidente que la relación “tiempo-espacio” contiene variantes y componentes opuestos que cuando se camina o se va en otro medio.

Aún así, fue capaz de apreciar la sutil belleza que desprendían los destellos de una tela de araña que estaba en el ángulo de la señal metálica que le informaba del nombre de la siguiente población: VILLAORUL.

También pudo contemplar, no sin una pincelada de asombro, cómo de las vigas cuadradas que sujetaban los quitamiedos de la carretera emergían flores cuyos tallos habían ascendido en busca de la luz hasta alcanzarla y ofrecer al mundo su belleza.

Por lo demás, fueron ocho kilómetros sumergido en un desierto de asfalto.

## **22. Navia**

Todo tiene su fin, y la etapa de hoy no iba a ser menos. El peregrino se había propuesto hacer una media de treinta kilómetros al día y había decidido que hoy dormiría en Navia. Quería mantener la soledad y el silencio. Agradecía no tener que hablar con demasiada gente, aunque fueran otros peregrinos del Camino. Quizás, con esos, por el momento, menos aún. Tiempo habría para ello.

Navia tiene hermosos hoteles ubicados en antiguos caserones de estilo colonial, que tentaron al peregrino lo suficiente como para quedarse en alguno de ellos. Estaba más que claro que su espíritu aún no se había hecho a la austeridad de los albergues, con sus olores a humanidad, ruidos de las bolsas matinales y los haces de luces de linternas que buscan, en mitad de la oscuridad nocturna, antes del amanecer, la entrada del cuarto de baño. Estaba convencido de que la inquietud de los peregrinos en exceso madrugadores acabaría siendo motivo de estudio por la psicología como una patología más.

Aunque el lujo de la comodidad le tentó, al final prefirió optar por algo más sencillo. Era lo que tocaba. O al menos, era lo que decidió que tocaba. Cada vez más, percibía el mundo como un campo lleno de opciones donde uno se veía instado a elegir. A fuerza de tales elecciones quedaría configurado el destino individual.

Sentía al destino como un concepto incierto, pero válido, para echar las culpas cuando no se asume la responsabilidad de la propia existencia, de aceptar que todo lo que nos sucede es fruto de nuestras elecciones, conscientes o inconscientes. Consideraba que esa era una de las diferencias principales entre un ser despierto y uno dormido: la capacidad de elegir de forma consciente el estilo de vida que se desea.

Era lo que tocaba. Y nadie mejor que nuestro peregrino para saber adaptarse a las circunstancias. Sus pasos le llevaron a la Oficina de Información y Turismo. Allí le informaron sobre hospedaje y también le sellaron la credencial. Bueno, un sello más, se dijo. Sin embargo, sí rogó a la señorita de la oficina que le hablara un poco más bajo:

—Soy español y la entiendo perfectamente. Además, no soy sordo, señorita, por lo que la ruego que hable más bajo, por favor.

La joven se sorprendió. Estaba tan desconectada de sí misma que no se daba cuenta de que hablaba a gritos. Pero reaccionó bien.

—Perdone.

Miró en un par de sitios que la gritona le indicó. Tal vez en tres. Para ello, tuvo que extender su jornada durante casi una hora más, mientras recorría Navia de arriba abajo y de abajo arriba, en busca de un lugar sencillo donde dormir, en honor a no se sabe muy bien qué tipo de espíritu humilde al que, al parecer, había que complacer por el mero hecho de estar haciendo el Camino.



En cierta ocasión a lo largo de su periplo por Navia, entró en un bar que anunciaba “HABITACIONES”. Pero cuando entró, el camarero estaba fuera de la barra, hablando con clientes amigos. El peregrino decidió esperar y en esa espera notó que se le relajaba el abdomen... y el esfínter.

Emitió un amplio pero silencioso pedo de un olor espantoso.

Se trataba de ese tipo de aroma letal que nada más olerlo produce el bloqueo instantáneo de la mente de quien lo percibe, deseando haber nacido sin pituitaria. Un pedo asesino. De esos terribles que salen con lentitud extrema, pero recalentando a base de bien los glúteos. Horrible de verdad.

En tales circunstancias, el peregrino pidió, rogó, imploró que el camarero continuara su conversación, con la esperanza vana de que el aroma denso que comenzaba a extenderse de forma lenta pero contundente se disipara antes de que el camarero finalizara.

Sin embargo, en esta ocasión, sus plegarias no fueron atendidas y, para alarma de nuestro peregrino, el camarero al observar la paciente espera en quietud del nuevo cliente que permanecía inmóvil y apoyado en la barra, como si no le pasara nada, se dirigió hacia él con diligencia.

–Buenas tardes. ¿Qué desea?

Ya era tarde, demasiado tarde. Se encontraba en territorio comanche. Percibió el peligro que corría si permanecía allí, pero las hipócritas normas del civismo y la educación le salvaron.

–¿Tienen habitaciones?

Separándose ostensiblemente del viajero y clavándole una inquisidora mirada, el camarero respondió en los siguientes términos:

–Hace más de cuatro años que no disponemos de habitaciones, caballero.

Demasiado bien sabía el peregrino que el “caballero” añadido del final era claramente recriminatorio. Permaneció en silencio, ¿qué otra cosa podía hacer? Por fortuna, el camarero tomó la iniciativa y salió a la calle; era más que probable que necesitara una generosa bocanada de aire fresco. El peregrino, aliviado por la sabia decisión, le siguió. El otro extendió el brazo para indicarle algo, al tiempo que le decía:

–¿Ve aquel portal blanco?

–Sí (como para decirle que no, se dijo para sus adentros)

–Pues métase por esa calle a la derecha y encontrará el Hotel Arco. Pregunte allí, a ver que le dicen.

Por un momento llegó a pensar que terminaría la frase diciéndole: Vaya y termine de cagar allí. Pero no. Muy por el contrario, no añadió nada más. ¿Qué quizás lo pensara? Es posible. Motivos no le faltaban, desde luego.



El Hotel Arco estaba completo, pero le dieron otros lugares donde buscar. Tras un par de gestiones más, pudo encontrar habitación a precio razonable en la Pensión Cantabria. Sin embargo, la habitación que le dieron estaba envenenada, pues debajo había un bar que destrozó sus anhelos de silencio y paz, tan necesarios para el descanso.

Tras una ducha generosa, tanto en tiempo como en agua, salió a la calle para tomar un helado. Aún era temprano para cenar y había una luz de atardecer agradable. Después tuvo que decidir entre un paseo por el muelle o, por el contrario, ir a escuchar un grupo de gaitas y tambores que sonaban no muy lejos de allí. Los barcos del puerto ya los había visto cuando fue a la Oficina de Información, así que la elección le resultó fácil.

Eran más de veinte gaitas las que atronaban en mitad de un parque público, acompañadas de unos diez tambores. Se trataba de una banda compuesta por chicos y chicas

jóvenes que ensayaban. Se sentó en unos escalones a escucharles mientras degustaba el helado. Lo hacían muy bien. Le gustaba como tocaban.

Se fijó en el del bombo, pues era el más alto de todos y el de movimientos más emocionales. En un principio, su intensidad llegó a hacerle creer que era él quien dirigía el grupo, pero no podía ser él: era demasiado emocional. ¿Quién dirigía entonces el grupo?

Desplazó la atención por todos los componentes, hasta detenerse sobre un único miembro que no tocaba ningún instrumento y sólo escuchaba con mucha concentración. Era más mayor y tenía el semblante serio. Se trataba de la seriedad característica que concede la presencia de ser cuando está concentrada y es autoconsciente.

De repente, levantó la mano derecha y con un rotundo gesto rápido y tajante, la descendió dando por terminada la obra. Todos callaron. Sin lugar a dudas, él era el director. Dio unas cuantas instrucciones más con el rostro aún grave y comenzaron otra pieza. Todo el mundo parecía saber lo que tenía que hacer. A pesar de su juventud, el común denominador de sus componentes era la atención extrema que tenían a la hora de tañer sus instrumentos.

Así se sucedieron diferentes obras hasta que, en un momento dado, el director se colocó en el centro del círculo y los llamó a todos. Estos se acercaron con tranquilidad. Entonces, el rostro del director del grupo que minutos antes mostraba una seriedad imponente, mostró la más



encantadora y luminosa de las sonrisas. En realidad, era el momento que todos buscaban: el premio de la aprobación a través de la sonrisa por un trabajo bien hecho. ¡Qué carisma tenía ese hombre! Desprendía magnetismo por todos los poros de su piel.

Tras el helado y el “concierto inesperado de gaitas y tambores” –estaba más que claro que se trataba de un ensayo–, el peregrino se dirigió a la Cafetería Martínez, abierta desde 1904. Eso, al menos, ponía en la puerta de entrada. Allí pidió una cerveza mientras se disponía a cenar el sandwich mixto que ya habían ordenado a la cocina.

Después de la cena disfrutó de un excelente momento mientras ponía en orden el bitácora. El lapicero se deslizaba con fluidez, mientras transmitía las vivencias sobre el blanco papel.

–¿Un café?

–Sí, por favor, corto de café.

¡Qué gran error cometería el peregrino al dejarse arrastrar por su pasión por la cafeína!, aunque fuera en pequeñas dosis. Entre el estímulo del café y las voces del bar de debajo de la habitación donde estaba hospedado, le dieron las 2 de la madrugada y aún continuaba con los ojos como platos.